

Más que las costumbres de los pájaros, parece estudiar las de las personas. Sus animales son mucho menos « bestias » que los de La Fontaine. Son un conjunto de máscaras que forman el carnaval de la vida.

Es la pintura exacta é interesante de la sociedad del siglo XVIII. Allí ocupan su lugar todas las clases sociales : el hombre del pueblo, la gente de letras (*El autor y los ratones*), los abogados (*El pleito de los dos zorros*), los críticos (*El papagayo que silba y no canta*), los artistas (*El ruiseñor y el pavo real*), los estudiantes (*Los dos bachilleres*), el clero, los ministros, los cortesanos, y el rey que dirige toda aquella banda abigarrada. Lean nuestros lectores aquellas obritas llenas de dulce audacia, *el León y el Leopardo, el rey Alfonso, el Rey de Persia, el Rey y los Pastores, la Educación del León, el Cortesano y Proteo, el Zorro disfrazado, el Dromedario*, sátira indulgente del rey á quien parece compadecer y de los grandes á quienes no se apresura á censurar.

Las fábulas que nos representan la miseria y la esclavitud del pueblo están llenas de hermoso y generoso atrevimiento (*el Labrador de Castilla, los Niños y la Perdiz, el Mono y el Leopardo*). ¡Qué encantadoras obras maestras son estas fábulas con su punta de sátira, sus prudentes consejos y sus consuelos amables! ¡Qué estilo límpido, qué cuadros deliciosos! ¡Quién no ha conservado en algún rincón de su memoria esas cosas exquisitas, las fábulas de la pollita y del misero grillo, *el Conejo y la Sarceta, la Carpa y sus hijos, el Mono que enseña la linterna mágica, el Funámbulo, el Gato y el Anteojo*, ese gracioso drama que se desarrolla en el fondo de un parque.

¡Cuántas páginas prudentes y sanas contra el interés (*el Buey, el Caballo y el Asno, el Árbol viejo y el Jardinero, y el Perro y el Gato*) y contra el egoísmo (*los Dos Viajeros*)! Si el lector desea mayor y más franca severidad, ahí va este palmetazo que no está tan mal aplicado.

De grâce, apprenez-moi comment on fait fortune,
Demandait à son père un jeune ambitieux.

— Il est, dit le vieillard, un chemin glorieux :

C'est de se rendre utile à la cause commune,

De prodiguer ses jours, ses veilles, ses talents,

Au service de la patrie.

— Oh ! trop pénible est cette vie,

Je veux des moyens moins brillants.

— Il en est de plus sûrs, l'intrigue. — Elle est trop vile ;

Sans vice et sans travail, je voudrais m'enrichir.

— Eh bien, sois un simple imbécile,

J'en ai vu beaucoup réussir !

1. Por favor, enseñadme cómo se hace fortuna,
Preguntaba á su padre un joven ambicioso.
— Hay, díjole el anciano, un medio muy glorioso

Las lecciones son prudentes, y alternan en ellas el vigor y la flexibilidad, el desembarazo con la libertad graciosa y con una felicidad constante de expresión.

He aquí con qué delicados rasgos, con qué cuentos encantadores, felizmente inventados ó imitados¹, ha sabido el poeta hacer vivir y moverse á aquel mundo imaginario en que la Ficción se pasea como dueña en medio de sus fantásticos súbditos, llevando de la mano á la Verdad. Hay sobre este tema un apólogo muy delicado :

La Vérité toute nue

Sortit un jour de son puits.

Ses attraits par le temps étaient un peu détruits ;

Jeunes et vieux fuyaient sa vue.

La pauvre Vérité restait là morfondue,

Sans trouver un asile où pouvoir habiter.

A ses yeux vient se présenter

La Fable richement vêtue,

Portant plumes et diamants,

La plupart faux, mais très brillants.

« Eh ! vous voilà ! bonjour, dit-elle,

Que faites-vous ici, seule sur le chemin ? »

La Vérité répond : « Vous le voyez, je gèle.

Aux passants je demande en vain

De me donner une retraite,

Je leur fais peur à tous. Hélas ! je le vois bien.

Vieille femme n'obtient plus rien.

— Vous êtes pourtant ma cadette,

Dit la Fable, et, sans vanité,

Partout je suis fort bien reçue.

Mais aussi, dame Vérité,

Pourquoi vous montrer toute nue ?

Cela n'est pas adroit. Tenez, arrangeons-nous,

Qu'un même intérêt nous rassemble :

Venez sous mon manteau, nous marcherons ensemble.

Chez le sage à cause de vous,

Je ne serai point rebutée.

A cause de moi chez les fous

Vous ne serez point maltraitée.

Y es el de hacerse útil al común bienestar ;

Sus días, sus vigiliás, y todo su talento

Consagrar al servicio de la patria amorosa ;

— Paréceme esa vida sobrado trabajosa

Con medios más sencillos quisiera yo triunfar.

— Más segura es la intriga. — Sobrado vil la creo.

Sin vicio y sin trabajo quisiera enriquecer.

— Pues bien, sé solo un necio ; á muchos hombres veo

Por ese simple medio ricos llegar á ser.

1. Ya hemos dicho que Florian tradujo muchas fábulas de Iriarte, como la de *El Zorro y la linterna mágica, El Funámbulo*, etc., pero no las mejoró con sus ampliaciones como han pretendido algunos escritores franceses modernos, desconocedores de nuestra lengua.

Servant par ce moyen chacun selon son goût,
Grâce à votre raison et grâce à ma folie,
Vous verrez, ma sœur, que partout
Nous passerons de compagnie¹. »

En 1839 se erigió en Sceaux junto á la iglesia un monumento con el busto de Florian; allí se reúnen todos los años en conmovedora ceremonia los felibres que van á saludar, en el autor de *Estela*, á un antepasado, al primero y al poético cantor del Mediodía. En Allais se le erigió una estatua en 1895.

Florian ha enriquecido con una ó dos palabras la lengua, y son *florianesco* y *florianería*.

Florianesco! esta palabra ha llegado á ser sinónimo de cándido, de pastoral, de campestre y de inocente. Contiene en sí toda la blancura de los vellones de las ovejas, todo lo sonrosado del hocico de los corderos, el color malva claro de los brezos, de las colinas, y el azul transparente de las fuentes del bosque donde Cloe baña sus blancas y candidas formas á los ojos del tímido Dafnis.

Es lástima que la realidad atropelle y eche á perder tan seductor retrato, y es curioso que nadie haya echado de ver hasta hoy el error. ¡Qué lejos está Florian, para el que le conoce, de semejante imagen! Para sus contemporáneos fué el « capuchino de la Academia ». Chamfort le censuraba por haberse olvidado de poner un lobo en su redil, y una sátira contemporánea reprochaba al autor de *Estela* el que sus pastoras fuesen demasiado emperejiladas y distintas de la realidad. Ha durado demasiado largo tiempo el error y la falta de comprensión con respecto

1.

Desnuda la Verdad de todo velo
Del fondo de su pozo salió un día
Su belleza la edad ajado había;
Todos de ella se apartan con anhelo.
Quedóse la Verdad avergonzada
Sin encontrar asilo á su pobreza,
Cuando, en traje de espléndida riqueza,
La Fábula se ofrece á su mirada.
Adornada con plumas y diamantes,
Aunque en gran parte falsos, muy brillantes.
¡ Buenos días! le dijo acto continuo
¿ Qué haces tan sola y triste en el camino?
Responde la Verdad: cual ves me hielo,
Nadie atiende á mi voz ni oye mi queja,
Miedo inspira mi triste desconsuelo;
No hay favor ni piedad para una vieja.
— Aunque soy la menor, la otra responde,
En todas partes soy bien recibida.
Mas tú si no me explico: ¿ Cómo ó dónde
Será tu desnudez bien acogida?
Se cuerda y un convenio celebremos
En interés común: So el mismo manto
Por ti del sabio en casa entrar podremos,
Por mí á los locos no darás espanto.
Sirviendo á cada cual según su gusto;
Gracias á tu razón y á mi locura,
Viviremos, hermana, sin disgusto,
Pues nuestra unión será nuestra ventura.

al autor de las *Arlequinadas*. Si se quiere reconstituir su fisonomía verdadera, hay que renunciar por completo á toda esa blancura sonrosada.

Florian presenta el caso muy curioso de una naturaleza contrariada durante largos años por las circunstancias y el interés y que se resigna con esa contrariedad, á lo menos en sus obras y en la vida mundana. Se puso una máscara para complacer á su protector, al austero duque de Penthièvre, el suegro de la princesa de Lamballe, especie de monje laico que practicaba el ascetismo en su castillo de Sceaux, hombre de pureza angélica y de rara caridad, que modeló á Florian á su manera; pero éste, en sus horas perdidas y cuando estaba lejos de su protector, seguía siendo el mismo oficial de artillería de siempre.

Este augustó personaje fué el que albergó y mantuvo á Florian, para quien, por esta causa, se acabó la risa. Acomodó su literatura á los gustos de su Mecenas y quitó la virilidad á su talento. El joven dragón abandonó su aire altivo y conquistador, desrizó su bigote, y tomó aspecto de abate. Fué el poeta de la *Sarcella*, al padre de la *Buena Madre*, el padrino de *Estela* y el patrón de todas las obras pastoriles.

Es maravilloso que triunfase de tal suerte en este papel, porque no se le puede hacer el menor reproche; es uno de nuestros más graciosos representantes del género pastoral. Para ello necesitaba en verdad algunas disposiciones y que la suerte le fuese favorable.

El error consiste en extender al hombre el carácter de la obra. No hay que olvidar que Robespierre rimó idilios, y que Fabre d'Eglantine es el autor de *Il pleut bergère*. El caso de Florian es casi idéntico.

Levantemos la máscara: veremos aparecer, no ya el niño Florianet recitando pastorales con la Clairon, en casa de su tío Voltaire, sino un personaje enteramente distinto, un artillero bullanguero, orgulloso, duro, un soldadote jovial, y un ambicioso feroz. ¡ Cuán lejos estamos del Florian de la leyenda, y cuán distinto se nos aparece el escritor! Sainte-Beuve veía con razón en él un pastor, pero según dice, « un pastor normando y astuto » que sabe guiar su barca, plegar su ingenio á su conveniencia y celebrar en verso el genio de La Harpe, crítico literario influyente, la vispera del día en que va á enviarle su volumen.

El lector creará con todo el mundo que fué bueno, amable y prudente como los baladores corderos que le inspiraban.

El verdadero Florian no es ni tan compasivo, ni tan juicioso. Cierta día aplastó á un hombre con su caballo, y en su diario consigna el hecho con una indiferencia muy parecida á la crueldad.

« Al volver una esquina, me encontré de frente con un hombre. No me fué posible contener mi caballo y pasé, por encima de él; hubo quejas sobre el asunto y me prendieron. »

No se nota la menor emoción ni la más leve alteración en su sem-

blante : Florian tiene el corazón más duro que sus pastores que se deshacen en lágrimas con sólo mirarse.

Mucho le hubiera admirado si le hubiesen anunciado á los veinticinco años que sería más tarde un especialista en el género inofensivo, en la confitería literaria, de que hoy es el más perfecto representante. En un estudio crítico que hizo del teatro de Molière, se burla de *Melicerta*, « cuyos pastores muy enamorados y muy cándidos » no puede tragar, y cita todas las comedias de Molière, salvo una, olvido que es muy de notar, pues se trata de la *Pastoral Cómica*.

Este desdén es irónico por parte del futuro cantor de *Galatea*, y demuestra una vez más que Florian no era bucólico de nacimiento.

Siendo niño, era altivo, orgulloso, susceptible, y sólo conserva, del abate Mignot, su preceptor, el recuerdo de las humillaciones que le hizo sufrir. Su orgullo se resentía al cabo de tantos años.

Su padre le puso como paje en casa del duque de Penthièvre. Esta especie de domesticidad le exaspera. Estudia las matemáticas haciendo figuras con yeso en el pavimento de las antesalas y abandona el empleo de paje para volver á hallarse en su elemento en la escuela militar de Bapaume. Hubo un motín, y el dulce Florian fué uno de los jefes : tuvo que volver á Ferney, echando de menos con toda su alma el uniforme azul, la escarapela, la dragona y su aspecto de oficial. Su cayado es la espada ; comprende que ha nacido para el estado militar. De niño hacía simulacros guerreros destrozando las adormideras de Voltaire en Ferney. Después de abandonar á Bapaume, deseaba entrar en la marina. El padre de *Nemorino* hubiera podido ir á conquistar las Indias y á matar negros en compañía de Duplex y Lally Tollendal. No pudo obtener su entrada en la marina y se quedó subteniente de artillería destinado á la guarnición de Maubeuge. ¿Quién sabe si en los archivos de esta ciudad se encontrarían huellas de su paso, de sus aventuras y de sus calaveradas? Combatió el hastío de la provincia haciendo una vida alegre — tan alegre que tuvo que abandonar la guarnición. Se halló sin recursos á merced de su padre que le ofreció hacerle gentil hombre de cámara del duque de Penthièvre.

Escúchese la altiva respuesta del artillero que recuerda aún sus años de paje :

— Hace demasiado tiempo que soy lacayo para convertirme en ayuda de cámara.

Sin embargo lo fué y supo acomodarse á su nuevo empleo, violentando los impulsos de su naturaleza meridional, arrebatada y ardiente para complacer al duque.

Cuando éste murió, volvió á recobrar sus derechos su naturaleza. La Revolución acababa de estallar : Florian se hizo revolucionario, y no fué una de las menores sorpresas ver al dulce fabulista encaramado en

la tribuna en un club popular, arengando, á la indecisa luz de los faroles, á los desharrapados « sans-culottes » que agitan sus gorros frigos y aclaman al orador¹.

No era ya tiempo de arrancar débiles sonidos del caramillo mientras tronaban los cañones. Florian se dejó llevar por su naturaleza entusiasta y por sus instintos democráticos que aparecen en muchas de sus fábulas. La Revolución le sacó de sus casillas y volvió á encontrar el ardor de sus veinte años. Habló, difundió las nuevas ideas en los clubs, y conservamos de él un discurso que pronunció en la sección del mercado de los granos :

« Los tiranos de Europa reúnen en vano sus esfuerzos para destruir nuestra libertad ; todos estos esfuerzos vienen á estrellarse contra el haz que forma la república. »

Nos han cambiado á nuestro Florian y han olvidado demasiado el escribir su nombre entre los oradores de la Revolución

Hay también una carta suya en que felicita á sus primas por haber desempeñado bien su papel en la fiesta del Ser Supremo.

¡ Estela se puso la escarapela y se paseó por las calles de París en el carro de la diosa Razón !

En cuanto á Florian, seguía el movimiento. Dejó el cayado y las cintas sonrosadas ; tomó el tahalí amarillo y al pica y fué durante tres años comandante de la guardia nacional en Sceaux ; las calles, según lo indican las señas de los testigos en el certificado de defunción de Florian, llevaban nombres revolucionarios : calle de Voltaire, calle de la Unidad, y calle de Bruto. En esta última habitaba el criado de Florian, Francisco Germán Mercier, á quien no hay que confundir con el escritor.

El Sr. Advielle ha encontrado el epitafio que grabó para su amo y que se encuentra en la alcaldía de Sceaux.

La Revolución devoraba á sus hijos. Florian, como todos los girondinos, se asustó de sus crecientes atrevimientos y de su desenfrenada carrera. Detúvose y fué denunciado como tímido, es decir como sospechoso, siendo encerrado en la prisión de Port-Libre. Le acechaba la guillotina, pero le salvó Thermidor. Se retiró á Sceaux donde murió en la obscuridad.

Florian es un falso pastor que oculta un sable bajo su cayado, y un gorro frigio bajo su tricordio adornado con follaje y que, en un madrigal á Cloris, envolvía un juramento de artillero provenzal.

Fué elegido miembro de la Academia en 1788.

1. El caso de Florian no fué ni mucho menos el único. Recuérdese el gran número de sacerdotes, religiosos, nobles y magistrados que se distinguieron por su fervor revolucionario. En Francia esto ocurre en todas las revoluciones. En 1870, fué un juez de instrucción el que mandó el pelotón que ejecutó al arzobispo de París y á los demás rehenes durante la Comuna. (N. del T.)

Florian en literatura y Greuze en pintura son los hombres de su época, más que otros muchos.

Florian encantó porque satisfacía una necesidad general de emoción sensible y llorona, de probidad benéfica, de pintura que rehabilitase con brillantes colores las virtudes de la Buena Madre, y las alegrías del Buen Matrimonio, y en que se viese á las pastoras de Trianon bailar y hacer el amor adornadas con cintas y lazos. Estos encantos no existen para nosotros. Por eso hemos de hacer dos partes de su obra. Una sólo conserva el interés histórico de una evocación que hace revivir una época deliciosa. La otra es más duradera y está constituida por sentimientos que han de ser eternamente humanos: una emoción sana y sincera, expresada en la forma más delicada y poética, y la gracia, que es como la sonrisa de las cosas¹.

Fontanes (1757-1821) desconoció esta sonrisa. Su nombre parece inseparable de los honores oficiales y de los títulos. De toda su reputación sólo queda el título de Rector de la Universidad unido á su memoria. Valió mucho más y se han equivocado al juzgarle.

Venido de Niort á París para ser poeta y para unirse al coro de la poesía pastoril y sentimental, no pensaba en la vida oficial. El Fontanes de que tenemos idea, discurrendo en la asamblea, y arengando en las Tullerías, no es el verdadero; donde hay que verle es en Courbevoie, en su casita á orillas del Sena á la sombra de sus bosquetes adornados por un busto de Venus, en aquel retiro semicampestre, á donde se refugiaba en las horas de ocio. En los escasos momentos tranquilos que allí pasó y que fueron lo mejor de su vida, hacia Fontanes lindos versos, dulces y tristes que revelaban á las claras sus verdaderas inclinaciones. Aquel gran maestro de la Universidad nos dice con enternecimiento en estrofas sentimentales los encantos de su «humilde retiro» describe los seis tilos de redondeada copa «que dan sombra» á su jardín, la dulzura de las tardes de estío á orillas del Sena, cuando va cayendo el día y cuando se esfuman á lo lejos los campanarios de San Dionisio. Imita también los versos de Teócrito sobre los pescadores de Sicilia y los dirige á «Los pescadores que, desde las ondas del Sena en Neuilly remontan su curso». Estas poesías de encanto melancólico y sencillo, le hacen mucho más estimable que su gran poema de la *Grecia salvada*, y son, lo mismo que el recuerdo de su

1. Además de los literatos Forner é Iriarte tuvo Florian como amigo á nuestro famoso D. Cándido María Trigueros, á quien, con ocasión del célebre poema ó *Colección de poemas* titulada *El Filósofo*, elogió grandemente poniéndole hasta por encima del inglés Pope.
(N. del T.)

larga amistad con Chateaubriand, lo mejor que ha quedado de él. En efecto, en Londres, durante la emigración, Chateaubriand se encontró con el Sr. de Fontanes, desterrado y poeta como él. Esta hermosa alma algo triste, enamorada del ideal, logró cautivarle y la amistad que contrajeron se conservó sin la menor nube hasta la muerte. De regreso en Francia, Fontanes, distinguido por Bonaparte, fué presidente del Cuerpo legislativo y Rector de la Universidad. Pero estos honores que no había buscado — á lo menos al parecer — le arrancaban dolorosamente á la vida tranquila y apacible que tenía sus preferencias y en la que adornaba á su musa con un modesto sombrero de paja para hacerle olvidar el sombrero con plumas de las grandes ceremonias.

Sin embargo, no ha tenido la misma suerte que Andrieux (1759-1833).

Ya conoce el lector la fábula del *Molinero de Sans-Souci* que es tan clásica como las de La Fontaine, más clásica que las de Florian y no sin motivo. Por lo demás fuera de esa fábula, el nombre de Andrieux no evoca ningún otro recuerdo. Sin embargo había escrito varios volúmenes de versos fugitivos, de imitaciones de Horacio y de Tibulo, de madrigales, de epigramas, de comedias, de tragedias y de otras poesías como sus *coplas para dar cuenta de un viaje hecho para negocios de familia*.

Pero por aquel tiempo fueron tantos los que escribieron versos eróticos ó descriptivos, que Andrieux se pierde entre la multitud. Sólo ha sobrevivido el cuento del *Molinero*, porque en el coro de los poetas del Imperio, voluptuosos, sentimentales ó majestuosos, faltaba la nota burlesca é ingeniosa y él sólo, ó casi sólo, logró darla. Ha recibido como recompensa el fiel recuerdo que guarda de él la posteridad.

No se puede decir otro tanto de Demoustier (1760-1801).

La coqueta población de Villers-Cotterets, cuyo castillo posee en sus escaleras y su regia sala las más delicadas maravillas de la decoración del Renacimiento, ostenta en sus plazas públicas dos estatuas de muy desigual importancia; es una un enorme bloque de bronce que inmortaliza el genio de Alejandro Dumas padre y la otra un pequeño y risueño busto que recuerda, á la sombra del coloso, el nombre de Demoustier de quien se citan aún alguna vez las *Cartas á Emilia acerca de la Mitología*¹. Emilia, que se llamó Amelia, fué la madre de Eugenio Sué, el segundo Titán de la novela popular.

Demoustier evoca las gracias pulidas de antaño. Estaba emparentado con las familias de Racine y de La Fontaine, y se conserva un rasgo conmovedor de su infancia. Cuando murió su padre, asistió á las exequias. Los guardias de corps reunidos en torno de la tumba, se disponían, según costumbre, á tirar sobre el féretro de su camarada,

1. Estas cartas fueron traducidas en castellano y tuvieron bastante éxito.
(N. del T.)

cuando el hijo se echó á los pies de los militares gritándoles: « ¡ No matéis á mi padre ! ».

Este grito, arrancado por el amor filial, fué recogido entonces y repetido en elogio de los sentimientos del niño. Por eso figura en el *Plutarco de la juventud*. En el colegio tuvo por camaradas á Andrieux, Legouvé y Collin d'Harleville. Abogado tímido, dejó el foro por las musas. Era esencialmente sentimental. Á los quince años rimaba ya « Á mi amada. » Después de Lisa, cantó á Leonor, y luego á Emilia, la señorita Leroux-Laville, discípula distinguida de David, que le había dado el siguiente consejo :

— Aprended á hacer un griego que no sea un romano.

Á esta amiga era á quien decía Demoustier en su lecho de muerte :

— Os adoro con toda mi amistad.

Su biógrafo dice :

Cuando Demoustier empezó á publicar sus primeras poesías, antes de la Revolución, se hallaba en medio de la sociedad risueña, descuidada y ligera de los primeros años del reinado de Luis XVI. Se representaban pastorales en Trianon; las églogas de Florian estaban de moda; Parny lanzaba sus poemas eróticos, inspiración del placer y del deleite; sentíase en el mundo, y sobre todo en la juventud, como un estremecimiento de sensualidad, como una embriaguez de dicha, de alegría y de locura. Ya no existían Voltaire ni Juan Jacobo; los enciclopedistas y filósofos, demasiado viejos ó ya muertos, dejaban el puesto á la juventud frívola que, sin pensar en lo por venir ni en las borrascas que se iban amontonando en el horizonte, todo lo sacrificaba á la hora presente; sólo daba oídos á las sonoras risas y sólo cantaba los amores.

Fué aquella la época de su *Viaje á Citeres*, al que sucedieron las fmosas *Cartas á Emilia* ó sea la mitología vulgarizada para uso de las damas en forma de madrigales, delicado poema del que decía Sarcey :

« Me he estremecido de placer al recibir la obra : las *Cartas á Emilia*. Todo el mundo habla de ellas, porque son para todo el mundo la expresión más característica del género literario que Dorat puso en moda. Amable, tal es el calificativo que merece. He pasado el domingo leyendo el primer volumen. Después de todo, si es éste un género falso y archifalso esta obra es el ideal del género y no es poco que se haya conservado en la memoria de los hombres como la representación de un gusto pasado de moda.

Este libro formó escuela y entonces aparecieron la *Física de Emilia*, y la *Aritmética de Emilia*. Desmoustier hizo la ciencia no solamente amable, sino también galante y puso un abanico en lugar de su compás.

La naturaleza afable le designaba para agrandar como conferenciante en aquellas liceos que estuvieron tan en moda en tiempo del Directorio, ilustrados por La Harpe, y que reunían en el mismo local baile, concierto, café y academia sabia. Allí fué muy apreciado Demoustier :

Todas aquellas hermosas colocadas en círculo, vestidas con trajes resplandecientes, con sonrisa fresca, son las musas inspiradoras de aquel dulce orador, el más amable de los pedagogos : de Demoustier, el Berquin del amor. Demoustier consagra á las damas su curso preliminar de moral y ¡ cuánta miel pone en los bordes de la copa ! ¡ Con cuántas flores adorna el deber ! ¡ Qué agradable sermoneador aquel La Bruyère puesto de rodillas ante la sonrisa de sus oyentes ! Entre las que acuden á escucharle, ¿ hay alguna que no esté de antemano predispuesta en favor del discípulo de Fontenelle y de Algarotti, y que no se le muestre agradecida ? Si no le ha puesto lunares y borlas á la filosofía de Newton, y si no ha dado cierto aire galante á la teoría de la gravitación, por lo menos ha adornado lindamente la Estigia. Nuevo Marivaux bajado á los infiernos de Virgilio, ha obligado al Cancerbero á lamer los lindos pies de Emilia. Eran para el Liceo las encantadoras florecillas que cogía en los campos de Villers-Cotterets y en los bosques de Noux. ¡ Qué precioso genio el de Demoustier para un Liceo del Directorio ! imposible es hallar para un público de mujeres concierto más agradable que la melodía cadenciosa de sus frases cortas, de sus amables cumplidos y de sus maliciosas observaciones. Aquel raro predicador de mujeres, que parecía un lindo abate de la mitología, « el favorito de las Gracias » desde la cátedra con su voz clara y aflautada y con tono insinuante lo pintaba todo en miniatura, hasta el infierno y el pecado.

Fué recibido en 1799 en la Academia Francesa y triunfó de Rouget de l'Isle. Habitaba en Villers-Cotterets. Desde 1800 se sintió perdido. Vagaba errante por el bosque, apoyado en su bastón, grabando en las hayas, como Celadón, amables versos galantes :

Ce bois fut l'asile chéri
De l'amour autrefois fidèle,
Tout l'y rappelle encore et le cœur attendri
Soupire en se disant : — C'est ici que Henri
Soupirait près de Gabrielle !

Alejandro Dumas padre consignaba en sus *Memorias* este recuerdo acerca de su amable compatriota :

Mi madre me decía con frecuencia que jamás había existido hombre más afable, más simpático ni más encantador. Á los cuarenta años, precisamente

1. Este bosque un asilo deleitoso
Al fiel amor en otro tiempo dió;
Aun todo lo recuerda, el pecho ansioso
Suspira y dice : Aquí Enrique amoroso
De Gabriela á las plantas suspiró.

á la edad en que murió mi padre, veía acercarse el fin de todas las cosas con la piadosa tranquilidad de las naturalezas amables. La víspera de su muerte, estaba mi madre junto á su lecho y procuraba inspirarle esperanza. Él sonreía con dulzura, y miraba un rayo de ese hermoso sol de primavera, que no es aún el sol verdadero, sino la primera sonrisa de la naturaleza.

Demoustier puso la mano en la de mi madre y dijo mirándola:

Querida señora Dumas, no hay que hacerse ilusiones: el caldo no pasa, el agua no pasa, la leche no pasa, por lo tanto es preciso que pase yo.

Rimó: *el Día de mi muerte*, capricho extravagante y murio.

El autor de las *Cartas á Emilia* dejó además un poema sobre la libertad del claustro para defensa de las congregaciones, *Alcestes en el campo*, comedia en verso y otras obras dramáticas, *la Pata de Palo*, *el Divorcio*, *la Tolerancia moral y religiosa*, asunto muy de acuerdo con sus inclinaciones. *Apela y Campaspe*, ópera, y *las Mujeres*, acerca de la cual escribió esta nota muy ingeniosa:

Una mujer joven muy amable, pero que se equivoca algunas veces, me decía una noche al salir de mi comedia: — ¡Cómo debéis conocer á las mujeres!

— Al contrario. — ¿Cómo al contrario? — Sí, si las conociera ¿cómo me hubiera atrevido á pintarlas? — ¿Las juzgáis pues indefinibles? — En general. — ¿Y las amáis? — En particular. — Convenid en que no sois muy consecuente en pretender pintar lo que no se puede definir. — Señora, un pintor enamorado de una coqueta quiere pintar hasta sus caprichos; su imaginación corre sin cesar tras los rasgos fugitivos de su adorada y se considera feliz con poder sorprender dos ó tres entre mil para agregarlos á su esbozo; el pincel rápido va animando el lienzo; puede decirse que el retrato está acabado y que tiene mucho parecido con su querida? No, pero se ha ocupado en ella.

En estas palabras está retratado por completo. Era un hombre dulce cariñoso, pacífico y conciliador.

Durante la representación de una de sus obras, *los Tres Hijos*, Demoustier se hallaba sentado entre los espectadores, oyendo con la mayor calma los silbidos encarnizados contra su obra. Cierta joven que estaba á su lado le dijo de pronto:

— Caballero no tendría U. por causalidad una llave hueca; sentiría en el alma no poder silbar obra tan desdichada.

Por toda respuesta Demoustier sacó sonriendo una llave del bolsillo y se la entregó á su vecino que empezó á silbar con toda su fuerza. Al final de la pieza, Demoustier dijo al joven que le daba excusas por haberle molestado tanto escribiendo la obra que había silbado.

Hay algunas inéditas suyas; nadie se ha apresurado á publicarlas, pues parece que bastan las que de él poseemos.

En medio de todos estos poetas se oye rugir á la Revolución; ellos nos conducen hasta el imperio y hasta el siglo XIX. He aquí uno de los más célebres de aquella brillante y ruidosa generación, y seguramente el más popular.

Rouget de l'Isle (1760-1836) de Montaigne (cerca de Lons-le-Saunier) su ciudad natal, hasta Choisy-le-Roi, su última morada, paseó su bravura de voluntario, su elegancia de oficial, su tristeza de proscrito, su pobreza final y su vena literaria que se manifestó en obras múltiples: novelas, canciones, *Canto del 9 de Thermidor*, *Canto de guerra del ejército de Egipto*, *Canto del combate*, y *Rolando en Roncesvalles*, cuyo estribillo sirvió para el *Canto de los girondinos*. Una sola obra ha sobrevivido y es canto nacional francés, la *Marsellesa*, que compuso hallándose de guarnición en Estrasburgo en 1792, siendo capitán. Acababa de declararse la guerra á Austria; el alcalde de la ciudad, Sr. de Dietrich, daba una comida durante la cual se emitió el parecer de que sería conveniente que alguna inspiración poética tradujese y eternizase el entusiasmo que entonces conmovía á Francia. Rouget de l'Isle compuso espontáneamente el himno que le ha immortalizado.

Al día siguiente, 25 de abril, á las 7 de la mañana, escribe Marcllet, oficial de estado mayor que asistía á la reunión de Dietrich, estaba en mi casa Rouget de l'Isle. La proposición de Dietrich, me dijo, me ha quitado el sueño; he empleado la noche en esbozar un canto de guerra y hasta en ponerlo en música; léelo y dime lo que te parece. Lo leí con admiración y oí con entusiasmo el canto de guerra como existe hoy.

Algunas horas después se dirigió Rouget á casa de Dietrich; y acompañado al piano por una de las sobrinas del alcalde (que no tenía hijas como se ha supuesto equivocadamente) cantó su himno guerrero. — «Fué, dice Michelet, como un relámpago en el cielo; todo el mundo se sintió conmovido y todos reconocieron aquel canto que oían por primera vez. Todos lo sabían, todos lo cantaron, no sólo Estrasburgo, sino toda Francia».

Rouget de l'Isle consignó él mismo este testimonio en la edición de sus *Cincuenta cantos franceses*:

Compuse la letra y la música de este canto en Estrasburgo en la noche que siguió á la proclamación de la guerra á fines de abril de 1792. Titulado en un principio *Canto del ejército del Rin*, llegó á Marsella por conducto de un periódico constitucional redactado bajo los auspicios del ilustre y desdichado Dietrich: cuando llegó á su apogeo, algunos meses después, andaba yo errante por Alsacia, bajo el peso de una destitución que se me impuso en Huninga por haberme negado á adherirme á la catástrofe del 10 de agosto, y